

nocimiento del lenguaje. medida y equilibrio, intuición de la belleza; es un poeta, pero, le falta libertad!

Que este libro no sea actitud, sino huella en el camino.—
ARTURO ALDUNATE PHILLIPS.

<https://doi.org/10.29393/At164-35JEVP10035>

VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LA QUINTRALA. por *Carlos Barella*

La mujer sensual y criminosa que fué en el mundo doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, continúa en calidad de fuente inagotable para nuestros escritores: Vicuña Mackenna, Bórquez Solar, Magdalena Petit, Armando Arriaza, Daniel de la Vega— «y otros que se nos escapan» diría un cronista— han hundido su intuición en ese espíritu turbio aun no sepultado por el tiempo; y es ahora otro poeta y comediógrafo, como el último, Carlos Barella, quien nos regala con su encantado aporte.

Ya la señorita Petit, con muchos aciertos y en bien urdida prosa, condujo a la gran pecadora hacia el teatro; realiza igual proeza el recién venido, pero adornada con elocuentes estrofas, al estilo de los viejos maestros.

Y habla así su heroína en el primer acto:

¡Mi abuela!, la que en sus manos
por altiva tuvo en prenda,
la vida, el alma y la hacienda
de los indios araucanos.
Me halaga sobremanera
que sepáis de quien desciendo;
que yo tan solo quisiera
que aquí en la villa quien quiera,
por encumbrado que fuera,
a ciencia cierta supiera
que a la postre iré perdiendo

quien destruye, aplasta o trunca
lo que quiere la Quintrala;
podrán creer que soy mala,
creer que soy tonta, nunca.

Aquí quedó estampado su orgullo. He aquí ahora su temperamento ardiente:

Si accedéis a mi pedido,
mitad miel y mitad fuego,
mis caricias os darán
felicidad y consuelo.
Que me van a encarcelar,
que me tendrán entre hierros,
que me tendrán prisionera
y he de morirme sin veros.
Capitán, como una rosa
desmayada de deseo
recoged por caridad,
recoged mi pobre cuerpo.

Pero el capitán Juan de Osores la desprecia y la injuria, porque envenenó a su novia, y ella, en un transporte de ira, quiere hundirle su puñal en el pecho. La llegada de los alguaciles que vienen a prenderla, evita el crimen.

Después, ya libre, ante el capitán, convertido en fraile, su alma obscura quiere inclinarse al arrepentimiento, y se suscita este diálogo:

—Cambiad vuestra vida impura
por una vida mejor...
—Perdón... perdón...
—Con fervor
Fray Juan de Buenaventura

echado en la tierra dura
de su celda, noche y día,
le está pidiendo al Señor
suavice todo dolor
y toda melancolía.
Pídele fuerza interior
para llevar con valor
la carga de su agonía...
Oro por Juana María...
—Vida que yo cegué en flor
Con maldad y alevosía...
¡misericordia Señor!

Pero estos arrepentimientos son breves y tardíos en la gran pecadora. Va a su hacienda a la Ligua, y es allí donde reincide y comete las mayores crueldades. He aquí de qué manera confiesa a su fiel esclava Simona el sadismo que le quema la sangre:

Me acostumbré desde entonces
a magullar carne esclava,
a castigar sin piedad
al que comete una falta
(con voluptuosidad)
y hay un goce, hay un placer
en ver heridas que sangran,
y en oír lamentaciones
que enronquecen la garganta...

Y debería ser muy seductora. Le confiesa su marido después de una recia escena de celos:

Hombre que no siente celos;
no supo nunca de amar
como os amo yo, señora...

y que tentadora estáis:
los ojos llenos de lágrimas
y toda vos, en verdad,
linda de pies a cabeza,
despidiendo al respirar
un no sé qué de profunda
y loca sensualidad...

Así era aquella que, para satisfacer a su instinto de sádica, no se detenía ante ningún crimen. Así iba por el mundo, en la impunidad comprada con su oro. Pero nada pudo contra la muerte, cuando vino en su busca, el Padre Taboada le infunde un poco de consuelo junto al lecho en que agoniza:

La infeliz puso su suerte
en horizontes muy chicos,
y no pensó que la muerte
iguala a pobres y ricos.
No pensó que el poderío
es deleznable ilusión,
que lleva en su desvarío
un germen de corrupción.
Pero al fin va a comprobar,
aturdida de estupor,
que morir es despertar
de un letargo engañoso;
que no vela la fortuna
y que es un sueño el poder,
cuando se llega a saber
que el ataúd es la cuna
donde se empieza a nacer.

De esta manera, con andadores de luz, penetramos con Barella en el alma tenebrosa de la Quintrala. Vamos hacia la

mujer tan maltratada por la leyenda y por la historia, y en ese interior sombrío buscamos siquiera una débil vislumbre. ¿Su maldad sería hasta ese extremo? Y queremos recordar a Lucrecia Borgia, un monstruo, según Víctor Hugo, poeta, y casi un ángel, conforme a las revelaciones, basadas en documentos estrictos, a que nos conduce el historiador Funck Brentano.

Pero los hermosos versos de Barella no procuran entenebrecer el panorama. En sus manos la infernal heroína suele escanciar un poco de dulzura. Poeta y adivino eran sus palabras comunes en Grecia. Es así como el autor de este libro da sobre la negra figura algunos toques de simpatía. Y la Quintrala sale de su pluma tal vez aproximadamente a lo que fuera en esta tierra de abrojos; la mujer a quien mucho pudo perdonarse, porque había amado mucho.—JANUARIO ESPINOSA.



CAMARADA, por *Carlos Sepúlveda Leyton*

Conocíamos *Hijuna*. Reveló este libro a un escritor dolorido y mediocre, muy dueño de su estilo. El tema era magnífico, pero tuvimos que lamentar la realización y cierto gusto por lo llorón. Había también arbitrariedades y resentimientos que, humanamente, se justifican, pero que sobran en el plano del arte.

A *Hijuna* le apedrean unos niños, cuyo padre es un emigrado español. Ante esta coyuntura, *Hijuna* desliza un juicio sobre la conquista de América y los conquistadores, cuyo matiz esencial es el odio. No sabemos el parentesco que existe entre Carlos Sepúlveda Leyton e *Hijuna*, sin embargo, aquello sonaba a autobiografía.

La nueva obra de Sepúlveda Leyton se llama *Camarada* y constituye un largo relato impresionista, cuyo personaje principal es un profesor primario.